
TIEMPO DE MEMORIA

Douglas Smith

EL OCASO DE LA ARISTOCRACIA RUSA



TUSQUETS
EDITORES

DOUGLAS SMITH
EL OCASO
DE LA ARISTOCRACIA RUSA

Traducción de Jesús Cuéllar Menezo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Former people. The final days of the russian aristocracy*

1.ª edición: septiembre de 2015

© 2012 by Douglas Smith. Publicado por acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

© de la traducción: Jesús Cuéllar Menezo, 2015
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-141-3
Depósito legal: B. 15.280-2015
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Romanyà-Valls
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	13
Nota sobre las fechas y la ortografía	19
Protagonistas	21
Árboles genealógicos	26
Mapas	28
Prólogo	35
Primera parte: Antes del diluvio	
1. Rusia, 1900	53
2. Los Sheremétev	67
3. Los Golítsin	76
4. El último baile	85
Segunda parte: 1917	
5. La caída de los Románov	101
6. Un país de esclavos rebeldes	124
7. El golpe bolchevique	142
Tercera parte: Guerra civil	
8. Expropiar a los expropiadores	177
9. La Casa de la Esquina	189
10. Infierno en el balneario	199
11. Bogoroditsk	212
12. El doctor Golítsin	227
13. Éxodo	249
Cuarta parte. La NEP	
14. La escuela de la vida	263
15. Nobles vestigios	274
16. El caso Foxtrot	289
17. La virtud en harapos	302

Quinta parte: la Rusia de Stalin	
18. El gran viraje	317
19. La muerte del Parnaso	325
20. Proscritos	334
21. El ratón, el keroseno y la cerilla	344
22. El destino de Anna	360
23. Tiempos felices.	391
24. Las serpientes venenosas y la espada vengadora: Operación contra los de Antes	402
25. Las grandes purgas	411
26. La guerra: el final.	423
Epílogo	437
Apéndices	
Nota sobre las fuentes	443
Notas	445
Bibliografía	483
Índice onomástico	503

En los albores del siglo xx Rusia avanzaba hacia la modernidad. En las dos décadas anteriores a la primera guerra mundial el país registró cifras de crecimiento industrial excepcionales, superando las de Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña. En tiempos del ministro de finanzas Serguéi Witte la industria, la minería y los ferrocarriles rusos recibieron ingentes inversiones nacionales y extranjeras. Entre 1850 y 1905 Rusia pasó de tener alrededor de 1400 kilómetros de vías férreas a contar con unos 64.000. El sector petrolero se desarrolló hasta ser comparable al de Estados Unidos, y Rusia superó a Francia en la producción de acero. A comienzos de la década de 1880 San Petersburgo y Moscú estaban conectadas por la línea telefónica más larga del mundo. Los primeros cines se inauguraron en Rusia en 1903, el mismo año que en San Petersburgo tenía ya tres mil farolas eléctricas. En 1914 Rusia se había convertido en la quinta potencia industrial del mundo.¹ El ritmo con que crecían la economía y el poder del país, y lo que prometía alcanzar en el futuro, hicieron que las demás potencias miraran a Rusia con una mezcla de asombro, envidia y miedo.²

No obstante, a pesar de la rápida industrialización, el explosivo crecimiento de los centros urbanos rusos y la inversión extranjera sin precedentes, en 1900 Rusia seguía siendo una sociedad feudal. Su estructura social se parecía a la de una pirámide de amplia base que ascendía gradualmente hasta una estrecha cúspide. En la base se hallaba la gran masa de campesinos, el 80 por ciento de la población. En la cima estaba el emperador, gobernante autocrático de un extenso y multiétnico imperio que en 1897 contaba con casi 130 millones de habitantes. En medio estaban varios grupos sociales, definidos por leyes y costumbres de cientos de años de antigüedad: el clero, los habitantes de las ciudades, los llamados ciudadanos distinguidos u honorables, los mercaderes y la nobleza.³ Al contrario que en Europa occidental y Estados Unidos, no existía una amplia clase media urba-

na o burguesía. A finales de la década de 1890 sólo alrededor del 13 por ciento de la población era urbana, frente al 72 por ciento de Inglaterra, el 47 por ciento de Alemania y el 38 por ciento de Estados Unidos. Las ciudades rusas albergaban a la inmensa mayoría de la pequeña elite instruida del país, mientras que sólo un cuarto de la población rural sabía leer y escribir.⁴

Rusia no sólo seguía siendo una sociedad campesina tradicional, sino que políticamente continuaba atascada en el pasado. No se regía por leyes o instituciones, sino por los designios de un solo hombre, el zar. Según las Leyes Fundamentales de 1832, «el gobierno del Imperio ruso se asienta en la base firme que constituyen las leyes y estatutos positivos que emanan del Poder Autocrático». Se entendía que el poder del emperador ruso era ilimitado: sus decretos, así como sus instrucciones y órdenes verbales tenían fuerza de ley. Eso no significa que no hubiera legislación o marco jurídico, sino que el emperador tenía libertad y capacidad para decidir si se dignaba reconocer ambas cosas.⁵

Durante las últimas décadas del siglo XIX, a las clases instruidas de Rusia cada vez les resultaba más preocupante la contradicción existente entre una sociedad en proceso de modernización y un sistema político anticuado y rígido. Mientras el país avanzaba hacia la modernidad, el Estado parecía impermeable al cambio. Evidentemente, el zar Alejandro II había tomado medidas para modernizar el país durante la época de las Grandes Reformas. En 1861 se liberó a los siervos, poniendo así fin a un horrible sistema de servidumbre que duraba cientos de años y que, llegado el siglo XVIII, había alcanzado niveles de inhumanidad parecidos a los de la esclavitud americana.⁶ En 1864 se modificó el marco legal para crear una judicatura independiente ante la que todos los rusos, excepto los campesinos, la gran mayoría de la población, fueran jurídicamente iguales. Ese mismo año se concedió mayor autoridad a la sociedad local para gestionar sus asuntos, sobre todo en materia de educación pública, sanidad y carreteras, con la creación de los zemstvos, instituciones de autogobierno local electas e independientes del Gobierno central. El «zar-liberador» había aprobado un plan que, dictando que se consultara con un pequeño número de representantes sociales, planteaba la aprobación de más reformas (en el marco de la llamada Constitución de Loris-Melikov), cuando el 1 de marzo de 1881 saltó por los aires hecho pedazos debido a la bomba arrojada por miembros de la organización terrorista La Voluntad del Pueblo.

Al acceder al trono, Alejandro III hizo trizas la Constitución de Loris-Melikov y mediante un manifiesto imperial volvió a proclamar

sin ambages su poder absoluto. El conde Dmitri Tolstói, ministro del Interior, no se anduvo con rodeos al definir el nuevo programa de Gobierno con una sola palabra: «Orden».⁷ Las contrarreformas pretendían deshacer o limitar las reformas de la década de 1860. Durante el verano de 1881 el Gobierno proclamó nuevas Normas Temporales destinadas a mantener la paz y proteger el orden público. Esa normativa dotaba al régimen de cada vez mayor poder para controlar, detener y desterrar a sus súbditos sin posibilidad de apelación. Podían registrarse domicilios, cerrarse negocios y escuelas, y prohibirse cualquier clase de reunión, ya fuera pública o privada. Las normas llegaban incluso a conceder al Gobierno poderes para negar a los ayuntamientos y zemstvos el derecho a reunirse y a destituir a cualquiera de sus miembros si no era considerado políticamente de fiar. Las Normas Temporales, que en teoría sólo iban a durar tres años, fueron renovadas constantemente por Alejandro III y luego por Nicolás II, lo cual supuso la consolidación de una especie de ley marcial.⁸

Alejandro III trajo consigo una renovada represión, pero poco más. Algunos veían en él el espíritu redivivo de Pedro el Grande con su garrote, aunque otros sólo veían el garrote.⁹ El monarca no necesitaba a la sociedad, ni siquiera a sus miembros más conservadores y favorables a la autocracia. En marzo de 1881 un grupo de aristócratas conservadores fundó la Santa Compañía para salvaguardar la vida del nuevo zar y enfrentarse a los revolucionarios. Cuando sus integrantes, entre los que figuraba el conde Serguéi Sheremétev, se atrevieron a apuntar que quizá sólo con medidas represivas no se lograra derrotar a los enemigos del régimen, sugiriendo que pudieran barajarse ciertos cambios en él, los ministros del zar denunciaron a dicha sociedad, obligándola a disolverse. Según el ministro Dmitri Tolstói, la Santa Compañía estaba infectada de un «nocivo liberalismo».¹⁰

Nicolás, hijo y heredero de Alejandro III, estaba en Livadia, Crimea, cuando, en octubre de 1894, recibió la noticia de la muerte de su padre. Según su yerno, el gran duque Alexandr Mijaílovich, el anodado Nicolás le agarró del brazo y le dijo: «¿Qué voy a hacer yo, qué va a ser de mí, de ti [...] de mamá, de toda Rusia? No estoy preparado para ser zar. Nunca quise serlo. No sé nada de las tareas de gobierno». El gran duque, y la historia, confirmarían cuánta razón tenía Nicolás. Alexandr Mijaílovich escribió sobre sus cualidades personales que, aunque «loables en un ciudadano corriente», eran «fatales en un zar».¹¹ Débil, indeciso, abrumado por las responsabilidades del poder y ciegamente entregado al «destino», el nuevo zar se reveló fatal para sí mismo, para su familia y para Rusia.

Desde el inicio de su reinado, Nicolás II se comprometió a seguir gobernando con el mismo espíritu que su difunto padre. Mantuvo una férrea censura de prensa, aumentó la limitación del poder de los zemstvos, restringió la autonomía de las universidades rusas y renovó la vigencia de las Normas Temporales. Cuando, en enero de 1895, una delegación de representantes de los zemstvos, deseándole un largo y fructífero reinado, se atrevió a mencionar su deseo de servir para comunicar al Gobierno los deseos del pueblo, Nicolás los frenó, calificando tal deseo de «sueño insensato». «Que todos sepan», les dijo, «que al dedicar todas mis energías al bienestar del pueblo, salvaguardaré los principios de la autocracia con la misma firmeza y ausencia de vacilación que mi difunto e inolvidable padre.»¹²

Pero no lo hizo, porque no pudo. Allí donde el padre sabía lo que quería, el hijo nunca estaba seguro; allí donde el padre se había mostrado decidido, al hijo le costaba tomar una decisión y atenerse a ella. Empeñado en demostrar que su mano sujetaba con fuerza el timón del Estado, Nicolás insistía en supervisar casi cualquiera de las decisiones que conllevaba la gestión de un gran imperio. Ese emperador tan mal preparado no tardó mucho en verse abrumado y después paralizado por la incertidumbre. Cuando se enfrentaba a problemas difíciles, Nicolás solía palidecer, encendía un cigarrillo y callaba.¹³ Los miembros más ingeniosos de la sociedad bromeaban diciendo que «Rusia no necesitaba una Constitución que limitara la monarquía, puesto que ya tenía un monarca limitado». La confusión, la incoherencia, la parálisis y cierta sensación de ir a la deriva comenzaron a irradiar del despacho del zar y a contagiar al Gobierno.¹⁴

Con todo, sí hubo un aspecto de la cultura política rusa que sobrevivió al reinado de Alejandro III. Los rusos lo llaman *proizvol*, palabra que carece de equivalente claro en inglés, pero que en general suele traducirse por «gobierno o régimen arbitrario». La práctica del *proizvol* era evidente en el proceder de la Ojrana, la policía secreta zarista, que, encargada de combatir el terrorismo, parecía sospechar de cualquiera y veía subversivos incluso en los leales súbditos del emperador. El *proizvol* era evidente en los amplísimos poderes de los gobernadores provinciales, que con frecuencia regían los destinos de extensas regiones del imperio como sátrapas corruptos. Las clases instruidas, sobre todo los hombres de los zemstvos, cuya labor obstaculizaban los gobernadores y cuya autoridad intentaban coartar, eran quienes más sufrían este poder. La injerencia del Estado en los zemstvos acabó teniendo consecuencias a largo plazo: en 1900, estaban

dominados por la nobleza y, al arremeter contra ellos, el régimen convirtió en adversario a su principal aliado.¹⁵

A finales del siglo XIX la nobleza estaba formada por casi 1,9 millones de personas: alrededor del 1,5 por ciento del total de la población del Imperio ruso. Era un grupo diverso, dividido por nacionalidades (rusos, polacos, georgianos, alemanes bálticos), religión (ortodoxos rusos, católicos, luteranos), educación y riqueza (desde los que tenían mucho de ambas cosas hasta los que tenían poco de las dos) y perspectivas políticas (desde reaccionarios hasta revolucionarios). Había nobleza hereditaria, cuyos privilegios pasaban a los hijos, y nobleza personal, que no los transmitían. Tan grande era la diversidad entre la nobleza imperial que los historiadores continúan debatiendo si debe realmente considerarse una clase social diferenciada.¹⁶ Si algo definía al noble era, tal como un analista escribió en 1895 en «Las tareas de la nobleza», cierta conciencia de «encontrarse entre los elegidos, de ser un privilegiado, de no ser igual al resto de la gente».¹⁷ Sin embargo, la nobleza rusa nunca fue una clase de haraganes. Más bien, siempre estuvo vinculada al servicio y sus privilegios se habían derivado inicialmente, y después de forma cada vez más acentuada también su propia identidad, del hecho de servir a los grandes príncipes de Moscovia y luego a los zares de la Rusia imperial, ya fuera en la corte, el Ejército o la administración.

En la cumbre del estamento nobiliario se hallaba la elite aristocrática, formada grosso modo por unas cien familias de terratenientes cuyos orígenes se remontaban al menos al siglo XVIII. Con frecuencia, esos nobles ostentaban importantes puestos en la corte o el Gobierno.¹⁸ El típico aristócrata era viejo, titulado y rico. Se casaba con otros miembros de su clase y tenía conciencia de pertenecer a un grupo muy concreto. Los aristócratas frecuentaban los mismos clubes y salones, y sus jóvenes formaban parte de elitistas regimientos imperiales como los Caballeros Guardias, la Guardia de a Caballo y los Guardias de Corps de Húsares del Zar. Parte de la aristocracia (incluidos los Golítsin, los Gagarin, los Dolgoruki y los Volkonski) descendía de las antiguas dinastías principescas de los ruríkidas y los gediminas; otros procedían de familias de boyardos sin título de la corte moscovita, sobre todo los Narishkin y los Sheremétev, y una rama de esta última dinastía accedió al título de conde en el reinado de Pedro el Grande; o de otras antiguas familias nobiliarias que habían servido en unidades de caballería, como los Shuválov, los Vorontsov y los Orlov.¹⁹

La princesa Sofía Dolgorúkaia, nacida en el seno de una familia aristocrática durante la década final del Imperio zarista, recordaba que «en los viejos tiempos se consideraba que cualquier pobre mortal que no hubiera nacido en la casta privilegiada no había “nacido”». «*Elle n'est pas née*» era una frase a la que mis oídos juveniles estaban bastante acostumbrados cuando mi abuela aludía a alguien que, habiéndose casado con algún integrante del selecto club de la aristocracia europea, no podía presumir de título propio» (con todo, como afirma Sofía en sus memorias, la abuela decidió no mencionar que su bisabuela había sido comprada en un mercado de esclavos de Constantinopla por un príncipe austriaco y después entregada al conde polaco Potocki, que la había ganado en una partida de cartas). Aunque los miembros de esta minúscula elite tenían intereses y actitudes diversas, según Sofía, todos ellos tenían en gran estima la educación, poseían riquezas incalculables (aunque esto no se mencionaba, ya que hacer ostentación demostraba una absoluta falta de refinamiento) y vivían con «un lujo connatural a su existencia».

De manera que, por ejemplo, las sábanas y almohadas se cambiaban a diario. Eran de un lino de excelente calidad y fresca, y llevaban siempre bordada la inicial personal y una corona (para indicar el título). Naturalmente, nunca se ponían la ropa interior dos veces seguidas y las toallas se cambiaban cada vez que se utilizaban. Los manteles que cubrían las largas mesas y las servilletas, dobladas de manera alambicada, llevaban tejido en el centro el escudo de armas de la familia. Por descontado, todas las grandes casas contaban con su propia lavandería, además de una plétora de sirvientes que, a la manera feudal, vivían con sus familias en dos partes de la residencia situadas en torno al patio, por encima de los establos y las cocheras. Si pensamos en la casa de los Dolgoruki, resulta increíble que fueran necesarias tal cantidad de personas para atender las necesidades físicas de una sola familia.

En el amplio vestíbulo enlosado de mármol de la entrada se encontraba el *svetzar*, cuyo único cometido era abrir la puerta y tender la alfombra roja para el coche o carruaje, con el fin de que el calzado de quienes llegaban o partían no se ensuciara al contacto con el empedrado. Le hacía compañía a diario en el vestíbulo la pareja de lacayos con librea que estaba de guardia o, si mi tío se encontraba en la finca, un par de cosacos perfectamente uniformados.²⁰

Por debajo de la aristocracia se hallaba la inmensa mayoría de los nobles, que integraban los cuerpos de oficiales y cargos en la admi-

nistración civil o que habían comenzado a desempeñar profesiones «liberales», como las de abogado, médico, profesor o científico. Con el nuevo siglo, alrededor de la mitad de los nobles urbanos desempeñaban labores funcionariales o se dedicaban a dichas profesiones; la siguiente categoría más numerosa era la de los rentistas.²¹ Tradicionalmente la nobleza había sido la clase terrateniente y así seguía siendo en 1917. Durante siglos, y hasta la emancipación de 1861, los nobles habían vivido del trabajo de millones de siervos, lo que había enriquecido enormemente a algunos de ellos. Si hay una imagen de la nobleza terrateniente prerrevolucionaria que haya calado en la imaginación popular es la de los Ranevski de *El jardín de los cerezos*, de Antón Chéjov. Sin blanca, presa de la tradición y condenada al olvido por las fuerzas de la modernidad, Liubov Ranévskaja es incapaz de talar el jardín de los cerezos y de alquilarlo a los veraneantes («Casas de veraneo y veraneantes. Perdóneme, pero todo eso, ¡es tan vulgar!»), afirma entre suspiros), y pierde su propiedad y todo lo que más quiere.²²

Resulta tentador hacer sociología a partir de la obra de Chéjov y ver en la historia de los Ranevski las penalidades de toda la nobleza rusa, una antigua clase que torpe e inexorablemente avanza hacia la extinción. Pero la realidad nunca fue tan sombría. Es cierto que los niveles inferiores de la nobleza rural estaban cada vez más empobrecidos y que muchos de sus miembros se vieron obligados a vender sus tierras: entre 1861 y 1905 ese grupo perdió anualmente una media del uno por ciento de sus tierras, por ventas o por ejecuciones hipotecarias. No obstante, en 1915 la nobleza seguía poseyendo más tierra que ningún otro grupo.²³ Por otra parte, para los nobles más acaudalados la venta de tierras no era una necesidad sino una inteligente medida económica: en aquel momento, nobles de toda Europa estaban aprovechándose del enorme incremento del valor del suelo para vender tierras con grandes beneficios e invertir en acciones y obligaciones. En realidad, en 1910, casi la mitad de los nobles de San Petersburgo vivía de las rentas que generaban dichas inversiones. El conde Serguéi Sheremétev y su hermanastro Alexandr poseían más de cuarenta y seis propiedades comerciales en San Petersburgo y Moscú, de las que sacaban pingües beneficios. El conde Alexandr también vendió tierras para invertir en bancos y acciones de empresas que resultaron bastante rentables. En 1914 el conde Serguéi Sheremétev construyó uno de los primeros centros comerciales de San Petersburgo, la llamada Galería Sheremétev. Y en 1910, al contrario que la señora Ranévskaja chejoviana, el conde no veía nada de vulgar en arrendar

buena parte de las tierras de su antigua hacienda de Kuskovo a moscovitas que buscaban solares para sus dachas de verano.²⁴

Durante cientos de años los zares rusos habían confiado en la nobleza para mantener el orden en el campo. Incluso tras la emancipación de los siervos en 1861, y debido a la escasez de cuadros funcionariales en el ámbito local, en la Rusia rural los nobles siguieron siendo los gobernantes de facto hasta 1917.²⁵ Las alrededor de treinta mil familias nobles que seguían ocupando sus haciendas a comienzos del siglo XX eran pequeñas y aisladas islas de privilegio y autoridad en medio de un extenso mar de pobreza y resentimiento campesinos, porque incluso cuarenta años después de la emancipación las secuelas de la servidumbre seguían siendo profundas.²⁶ A los campesinos continuaba enfureciéndoles que al acceder a la libertad no se les hubieran proporcionado unas tierras que siempre habían considerado suyas, puesto que eran ellos quienes las trabajaban y que, más bien, para compensar a los nobles, se hubieran visto obligados a comprárselas al Estado abonando una serie de amortizaciones. La tenencia de tierras había ido exacerbando los odios porque en el ámbito rural se produjo una explosión demográfica que acarreó una grave escasez de terreno. Los campesinos se vieron obligados a alquilar tierras de los nobles, pagando con frecuencia elevadas rentas, lo cual hacía que, al final de la temporada, su gran esfuerzo se viera recompensado con un escaso beneficio. Los campesinos se hundieron aún más en la pobreza, mientras ansiaban cada vez más las tierras del noble local. La mayoría de los campesinos de las regiones de tierras negras de Rusia subsistían a base de pan, col en vinagre y cebolla. Tan dura era la vida en el campo que más de tres cuartos de los labradores llamados a filas en 1891 fueron declarados inútiles para el servicio debido a su mala salud.²⁷

Aun después de haber obtenido la libertad, los campesinos rusos seguían en una situación de servidumbre y vivían en un mundo ajeno al de sus antiguos amos y otros estratos sociales privilegiados. Los campesinos eran los únicos que vivían según las leyes tradicionales de las aldeas: no tenían libertad para vender su tierra a título individual, pagaban impuestos proporcionalmente más elevados que los nobles y, hasta 1889, incluso para salir de su pueblo tenían que obtener un pasaporte que sólo les otorgaban si estaban al corriente de todas las amortizaciones, impuestos y deudas de la comunidad.²⁸ Los nobles y campesinos no sólo se hallaban separados por una barrera

económica, sino por otra de índole cultural todavía más determinante. Los nobles, en su mayoría europeizados, eran hijos de las reformas de Pedro el Grande. Pero no los campesinos, que vivían en otro entorno cultural y psicológico regido por la tradición, la costumbre y la religión, que poco había cambiado desde los primeros tiempos del principado de Moscú y en el que siempre se había considerado que los nobles eran cristianos descarriados y, en ocasiones, fuerzas del mal.²⁹

Nobles y campesinos siguieron comportándose como amos y súbditos mucho después de 1861. Todavía en 1910, cuando la princesa Bárbara Dolgorúkaia cabalgaba entre las campesinas cerca de la hacienda familiar, éstas se hincaban de rodillas para mostrar su respeto. A la princesa esa antiquísima costumbre se le antojaba desagradable, así que les prohibió tajantemente practicarla. A partir de ese momento las mujeres se quedaron de pie, porque los campesinos estaban acostumbrados a comportarse según los dictados de sus amos, por lo menos mientras ellos estaban presentes.³⁰ Alexandr Davidoff, nacido en 1881 en el seno de una importante familia noble, quedó asombrado cuando, tras residir fuera de la hacienda familiar de Sably, regresó a dirigirla en 1905. Tanto terratenientes como campesinos parecían contentos con los hipócritas y deshonestos papeles que desempeñaban. Lo normal era que los primeros adoptaran una actitud distante, de sentenciosa superioridad (o algo que a Alexandr le parecía todavía peor, un aire de empalagoso sentimentalismo), mientras que los segundos se fingían ignorantes, «humillándose voluntariamente» para después intentar engañar al amo a sus espaldas. «Es evidente que ambos grupos trataban de engañarse mutuamente», escribió, «pero mientras que los campesinos adivinaban a la perfección lo que pensaban los terratenientes, éstos eran incapaces de traspasar el muro de piedra que constituía el fingido carácter del campesino.» Según Davidoff, esta herencia de la servidumbre impregnaba todas esas relaciones. Los campesinos eran expertos en urdir «artimañas», que en su opinión constituían el «arma habitual de los débiles contra los fuertes».³¹

La escasez de tierras y el desarrollo de la industrialización obligaron a muchos campesinos a abandonar el campo en busca de trabajo en las nuevas fábricas, y en 1900 la clase obrera estaba compuesta por alrededor de 1,7 millones de personas, unas 200.000 menos que la nobleza rusa. En las fábricas, las condiciones laborales eran espantosas y los trabajadores prácticamente no tenían medios para protestar por su situación. No sólo se les negaba el derecho a organizarse, sino que se les prohibía incluso reunirse para tratar de problemas comu-

nes.³² Más adelante, una obrera recordaría que «en teoría, mi familia era libre, pero el espíritu de la servidumbre y la esclavitud seguía vigente». Hombres, mujeres y niños trabajaban largas jornadas, en ocasiones de hasta dieciocho horas, y su escaso salario pocas veces guardaba relación con el incremento del precio de los bienes. Muchos sufrían hambre durante largos periodos: su vida, embrutecedora y demoleadora, carecía de esperanza.³³ El flujo de campesinos hacia las ciudades ocasionó una terrible escasez de vivienda. Los obreros vivían en barracones, casas de vecinos y sótanos fríos y húmedos; algunos dormían en las propias fábricas, debajo de las máquinas. Por doquier había hacinamiento, suciedad y enfermedades. El tifus, el cólera y la tuberculosis campaban por sus respetos. En la década de 1870 San Petersburgo tenía el índice de mortalidad más elevado de las grandes ciudades europeas. No había leyes de protección del trabajador, pero pocos se atrevían a quejarse por miedo a que los despidieran, ya que, por malo que fuera ser obrero, su vida era mejor que la de los pobres y desempleados urbanos. En las grandes ciudades rusas proliferaron los arrabales, lugares oscuros e inhóspitos, asolados por el bandidaje, la prostitución, el asesinato y la anarquía. Algunos eran tan peligrosos que ni siquiera la policía se atrevía a entrar en ellos. Con sólo diez años, muchachos de ambos sexos se vendían en las calles por unas pocas copecas. Los habitantes de este submundo sobrevivían gracias al robo o la mendicidad, o morían de hambre.³⁴

Recordando los primeros años de su vida en Rusia, Vladimir Nabokov escribió: «Lo viejo y lo nuevo, el toque liberal y el patriarcal, la pobreza mortífera y la riqueza inevitable se veían increíblemente entrelazadas en aquella extraña primera década de nuestro siglo».³⁵

Nabokov nació en el último año del siglo XIX en el seno de una acaudalada familia noble. Su abuelo Dmitri Nabokov había sido ministro de Justicia con los zares Alejandro II y III, y su padre, también Vladímir Dmítrievich, fue un destacado liberal prooccidental que tras la Revolución de 1905 se convirtió en dirigente del Partido Democrático Constitucional (llamado de los kadetes). Las ideas políticas de Vladímir Dmítrievich desconcertaron a su madre, que simplemente no podía entender las tendencias progresistas de su hijo ni que se mostrara tan partidario de un cambio fundamental. Cómo podía ser, escribe Nabokov en *Habla, memoria*, que mi padre, que, como bien sabía ella, apreciaba a fondo todos los placeres que conllevaba ser enormemente rico, pudiese poner en peligro su disfrute convirtiéndolo

se en liberal, contribuyendo así a provocar una revolución que, a la larga, como ella supo prever, lo dejaría empobrecido.³⁶

Entre las grandes riquezas de los Nabokov se hallaba una excelente residencia en San Petersburgo, la hacienda de Vyra, y un personal de servicio compuesto por cincuenta y cinco personas. En Vyra los campesinos veían en el padre de Nabokov al barín, el amo, y acudían a la casa solariega cuando querían saldar disputas de alcance local, o solicitar favores o ayudas especiales. Proclive a la generosidad, el padre de Nabokov solía acceder a sus peticiones, y en ese momento ellos lo levantaban en andas para lanzarle hacia arriba tres veces, cada vez a más altura. La costumbre incomodaba a la anciana gobernanta de los Nabokov. «Algún día se les caerá», apuntó proféticamente.³⁷

Es una trágica ironía de la historia que las bases de la revolución que acabaría con la nobleza rusa las sentara ella misma. A finales de la década de 1780 y comienzos de la de 1790, cuando la revolución estaba en su apogeo en Francia, la buena sociedad rusa siguió con nerviosa agitación la quema y saqueo de los castillos y las ejecuciones de Luis XVI y María Antonieta en las páginas de las gacetas de Moscú y San Petersburgo.³⁸ Los violentos relatos provenientes de Francia hacían pensar en el ataque generalizado sufrido por la nobleza en la Rusia de la década de 1770, cuando un desertor del ejército de cosacos del Don llamado Yemelián Pugachov había encabezado una rebelión masiva de los pobres y los desposeídos contra el orden establecido. Proclamando el fin de la servidumbre, los impuestos y la leva, Pugachov se propuso acabar con todos los terratenientes y oficiales zaristas y desató una escalada de masacres y terror en una enorme extensión territorial. Cuando se logró sofocar la Pugachovschina, decenas de miles de personas habían sido asesinadas y violadas, y sus casas saqueadas e incendiadas. Antes se habían registrado otras revueltas campesinas, pero nunca de tal magnitud, y el nombre de Pugachov quedó grabado a fuego y para siempre en la memoria de la Rusia nobiliaria.³⁹ Alexandr Pushkin inmortalizó la Pugachovschina en su novela *La hija del capitán*, famosa por una frase frecuentemente citada: «Dios nos libre de una insurrección rusa, insensata y despiadada».

El espectro de una nueva revuelta como la de Pugachov obligó a Rusia a elegir entre imponer reformas desde arriba o enfrentarse a una rebelión de los de abajo. En 1790, Alexandr Rádichev publicó *Viaje de Petersburgo a Moscú*, una ardiente impugnación de la servidumbre y la opresión de los pobres rusos a manos de los ricos y un llamamien-

to escasamente velado al derrocamiento de la monarquía. Catalina la Grande ordenó la confiscación y destrucción de todos los ejemplares del libro (que estuvo prohibido hasta 1868) y su autor fue condenado a muerte (le conmutó la pena por otra de destierro en Siberia). De joven, Rádichev, que era noble, había estudiado en Europa, donde, influido por los filósofos franceses y las ideas de la Ilustración, desarrolló un profundo odio por la tiranía. Con frecuencia se considera a Rádichev el precursor de una intelectualidad rusa de la que surgieron multitud de hombres y mujeres partidarios de la reforma e incluso la destrucción del orden político y social de su país.⁴⁰

No resulta sorprendente que el primer crítico de la autocracia rusa fuera un noble, si tenemos en cuenta que durante gran parte del siglo XVIII y en los primeros años del XIX la nobleza formaba el núcleo de la pequeña elite instruida. A principios del XVIII Pedro el Grande se propuso modernizar Rusia y, a tal fin, obligó a sus nobles a comportarse como sus colegas europeo-occidentales. Una consecuencia no deseada del europeísmo de Pedro fue que la nobleza no sólo aprendió las últimas tecnologías y formas de comportamiento social (a construir buques como los holandeses, los modales de los franceses), sino a pensar por sí misma y a comparar la vida en su patria con la de las sociedades más avanzadas y abiertas de Europa occidental. El servicio público fue obligatorio para los nobles rusos hasta 1762. Para entonces, el espíritu de servicio había arraigado tan profundamente en la concepción que de sí mismos tenían que, incluso cuando dejó de ser obligatorio, la mayoría de los nobles siguió desempeñándolo. Sin embargo, a finales del siglo XVIII la idea que de tal función tenían los nobles había comenzado a cambiar, centrándose cada vez más en el pueblo o la nación rusos, más que en el Estado.⁴¹

Si en la época de Rádichev por lo menos un noble se atrevió a pedir cambios radicales, treinta y cinco años después algunos incluso se atrevieron a pasar a la acción. El 14 de diciembre de 1825 un grupo de oficiales y de integrantes de los regimientos de guardia, muchos de ellos miembros de importantes familias aristocráticas, se rebeló en la plaza del Senado de San Petersburgo. Lo que pedían los decembristas, como se conoció a los rebeldes, era el fin de la servidumbre, una Constitución y libertades fundamentales. Su revuelta no tardó en ser sofocada y sus cabecillas fueron ejecutados o desterrados a Siberia por orden del zar Nicolás I. Esos nobles vástagos se convirtieron en mártires para los futuros revolucionarios, quienes, aunque obligados a pasar a la clandestinidad, fueron alimentando el sueño de un cambio radical. «Nuestra triste tarea no será en vano», aseveró el príncipe y

poeta Alexandr Odoevski después de la revuelta. «La chispa prenderá la llama.»⁴²

A mediados del siglo XIX se dio una nueva generación de nobles revolucionarios como los populistas radicales Alexandr Herzen, «padre del socialismo ruso», y Mijaíl Bakunin, anarquista y teórico de la revolución campesina. Esta nueva generación de revolucionarios rusos se marchó al extranjero huyendo de la censura y las cárceles zaristas. En Londres, París y Ginebra, Bakunin se relacionó con revolucionarios y comunistas, y escribió sobre la tendencia del campesinado ruso a utilizar la violencia como instrumento revolucionario y como medio para derrocar al Estado zarista y acabar con los terratenientes nobles. Las ideas de Bakunin influyeron en el otro gran anarquista ruso, el príncipe Piotr Kropotkin.⁴³ Los nobles radicales no se limitaron a teorizar sobre la revolución. Nikolái Sablín nació en 1849 en el seno de una familia de la nobleza hereditaria de la provincia de Vologda. Poeta, populista e integrante de La Voluntad del Pueblo, se suicidó cuando la policía estaba a punto de detenerlo en 1881 por su implicación en el asesinato de Alejandro II. Antes de llevarse la pistola a la sien, disparó tres veces al aire para avisar a sus camaradas.⁴⁴

En las últimas décadas del siglo XIX la intelectualidad revolucionaria era un grupo social mucho más diverso y en gran medida se había liberado de sus orígenes nobiliarios. En cualquier caso, quizá no deba sorprendernos demasiado que el más importante revolucionario ruso fuera un noble. Vladímir Uliánov, más conocido como Lenin, era hijo de un noble hereditario que en esa época era consejero de Estado, y cuyo título conllevaba el derecho a ser llamado «su excelencia». Al morir su padre, Vladímir vivió con su madre y sus hermanos en la hacienda de la familia materna, cerca de Kazán. Al igual que otros muchachos nobles, a Vladímir le encantaba cazar, nadar y navegar. El dinero de la familia de su madre le permitió dedicarse a leer y estudiar a Marx, y posteriormente contribuiría a su manutención cuando decidió entregarse en cuerpo y alma a la revolución. Pero Vladímir no era ni el único ni el primer revolucionario de la familia. En 1887 su hermano mayor Alexandr fue detenido y ahorcado por participar en la intentona de asesinato contra Alejandro III.

Desterrado en Siberia en 1897 por sus actividades políticas, Lenin adujo su condición nobiliaria para atemperar la dureza del castigo. Durante los muchos años pasados en Europa occidental antes de la revolución, Lenin y su esposa Nadezhda Krúpkaia tuvieron sirvientes para cocinar y hacer la limpieza. Cuando le convenía, Lenin no tenía empacho en admitir sus orígenes nobiliarios. En 1904, en Gine-

bra, se inscribió en una biblioteca privada como «*W. Oulianoff, gentil-homme russe*». ⁴⁵ Nunca se despojó del todo de sus orígenes. Cuando Nicolas Nabokov, primo del escritor, acudió junto a su tutor en 1917 a oírlo hablar desde el balcón de la casa Kschessinska, lo primero que notó fue que se expresaba como «los esnobs de los salones de clase alta». Qué extraño, pensó el joven Nicolas, que alguien que en su forma de hablar reflejaba la propia clase social de los Nabokov se alzara allí pronunciándose de forma tan odiosa y antipatriótica contra Rusia. ⁴⁶

Desde comienzos del siglo XVI los Sheremétev habían ocupado puestos relevantes en la corte de los grandes príncipes de Moscovia y pertenecieron a la Duma de los boyardos. Varios de ellos mostraron sus dotes castrenses en las campañas del principado contra los tártaros y en las guerras de Iván del Terrible contra los livonios (según una fuente, en su momento el término «Sheremet» significaba «un hombre con el valor de un león»). El poderoso boyardo Fiódor Sheremétev desempeñó un papel clave en la elección de Mijaíl Románov como candidato al trono en 1613, estableciendo así la dinastía gobernante en los trescientos años siguientes. Se dice que Fiódor, emparentado con los Románov gracias a un matrimonio, avaló a Mijaíl con estas palabras: «Elijamos a Misha Románov, es joven y estúpido». Los extranjeros aseguraban que la esposa del zar era la doncella de Fiódor Sheremétev.¹

El conde Borís Sheremétev, condecorado en múltiples ocasiones, fue mariscal de campo de Pedro el Grande y su nieto, el conde Nikolái Sheremétev, uno de los grandes nobles más ricos de la época de Catalina la Grande. Un tanto excéntrico, Nikolái dedicó su vida y su fortuna a crear la mejor compañía de ópera de Rusia, integrada por sus propios siervos. Escandalizó a la alta sociedad enamorándose de su principal y magnífica soprano, una sierva llamada Praskovia Kovaliova, conocida por el nombre artístico de Perla. En 1801 se casaron en secreto, pero sólo después de que Nikolái hubiera inventado una caprichosa genealogía en que su esposa figuraba como descendiente, largo tiempo desaparecida, de un noble polaco. Praskovia falleció dos años más tarde, poco después de dar a luz a su hijo Dmitri; su muerte dejó a Nikolái destrozado.² A pesar de su fama de caritativo, rasgo este que se convirtió en uno de los mejores de la familia y origen de la expresión popular «vivir a cuenta de los Sheremétev», Dmitri apenas alcanzó logros reseñables, más allá de acumular todavía más riquezas y siervos, amasando la que quizá fuera la mayor fortuna de la

Rusia del siglo XIX, que incluía a unos trescientos mil siervos y más de 763.000 hectáreas de terreno.³ A su muerte, en 1871, la fortuna de Dmitri se dividió entre sus dos hijos varones y sus hermanastros Serguéi y Alexandr, nacidos en 1844 y 1859, respectivamente.

Como correspondía a un Sheremétev, Alexandr perteneció al Cuerpo de Pajes antes de ingresar en un regimiento de la guardia y de ser posteriormente nombrado edecán de Nicolás II en 1902. Al igual que su abuelo el conde Nikolái Sheremétev, Alexandr era un apasionado de la música. En la década de 1880 creó su propia orquesta sinfónica y disfrutó ofreciendo conciertos gratuitos en San Petersburgo. Era además un excelente pianista y fue director del Coro de la corte imperial, donde trabajó junto al compositor Mili Balákirev.⁴ Su otra pasión fue la lucha contra el fuego. En su hacienda de Ulianka organizó la Brigada de Bomberos Pedro el Grande, compuesta por seiscientos hombres y dotada de los últimos avances antiincendios. El zar Nicolás concedió a Alexandr un permiso especial para abandonar las recepciones en el Palacio de Invierno cuando hubiera un incendio en la ciudad, a fin de que pudiera ataviarse con su uniforme de bombero y lanzarse junto a su brigada a luchar contra las llamas.⁵

Alexandr heredó de su padre más de 200.000 hectáreas en trece provincias, una casa en San Petersburgo y otras diez en Moscú, entre ellas la extraordinaria y palaciega hacienda de Ostankino. Vivía con su esposa, la condesa María Geiden, y sus cuatro hijos (Yelizaveta, Dmitri, Alexandra y Gueorgui) en una suntuosa mansión de San Petersburgo, situada en el elegante Muelle Francés. La familia disfrutaba de toda clase de lujos. Alexandr nunca viajaba sin un nutrido séquito de sirvientes y criados domésticos, músicos y coristas, e incluso vacas de sus aldeas con las que asegurarse la provisión diaria de leche fresca.⁶

Al igual que su hermanastro menor, el conde Serguéi Sheremétev se crió rodeado de lujos y privilegios. Después de formarse en el Cuerpo de Pajes, ingresó en los Caballeros Guardias y fue entonces nombrado ordenanza del gran duque Alexandr, en 1868. Cuando el gran duque accedió al trono en 1881 como Alejandro III, nombró edecán a Serguéi, y después vendrían otros cargos, distinciones, medallas y títulos honoríficos. Alejandro y Serguéi eran todo lo amigos que podía permitir el abismo existente entre autócrata y súbdito, y durante el resto del reinado Serguéi siguió siendo uno de los hombres más próximos al emperador, con quien éste hablaba regularmente y cuyas opiniones valoraba.⁷

Las aficiones de Serguéi eran la historia y la cultura rusas, a las que dedicó su tiempo, su energía y su enorme fortuna. Fue un diligente historiador aficionado y mecenas de varias sociedades y organizaciones eruditas: fundó por toda Rusia bibliotecas abiertas al público, financió el agonizante arte de la pintura de iconos y protegió a los artistas. Su gran pasión era la casa solariega rusa. Aunque había heredado enormes propiedades de su padre y tres viviendas en San Petersburgo y dos en Moscú, compró varias haciendas con el fin de preservarlas para las generaciones futuras, entre ellas las de Mijaílovskoe y Ostafievo.⁸ Ésta había sido uno de los lugares preferidos del poeta Pushkin, que la calificó de «Parnaso ruso», y también de Vasili Zhukovski y Adam Mickiewicz, y allí fue donde el gran historiador decimonónico Nikolái Karamzin escribió su monumental historia de Rusia. En esas haciendas, Serguéi no escatimaba en gastos y agasajos.⁹ Como dote de sus hijas, compró para Anna la hacienda de Voronovo, que incluía una casa solariega de sesenta habitaciones y, para María, la de Vvedenskoe, donde en la segunda mitad del siglo XIX solían reunirse artistas como Mijaíl Vrubel, Isaac Levitán y Valentín Serov.¹⁰

Conservador, piadoso y patriota, Serguéi seguía las ideas de los eslavófilos, para quienes Rusia no era ni europea ni asiática, sino algo singular, una tierra y un pueblo únicos, con tradiciones, cultura e historia propias. Se opuso fervientemente a los rusos que defendían la necesidad de adoptar instituciones políticas y jurídicas de cuño europeo-occidental, y nunca dejó de creer que la autocracia era verdaderamente la única forma de gobernar Rusia. Usaba la palabra *samobytnyi* —original, propio, singular— para calificar a la Iglesia, la monarquía, la nobleza y la historia rusas. Ese amor por su país tenía una vertiente oscura: era un antisemita que lamentaba la difusión de la «judeomasonería» en Rusia, destructora de «nuestros ancestrales cimientos». Se declaraba enemigo del cosmopolitismo, el arte moderno y el decadentismo artístico.¹¹ El conde Serguéi Witte, ministro de Finanzas y europeísta, que tuvo encontronazos con Sheremétev en varias ocasiones, lo calificó de «hombre honorable pero peculiar [...], pilar del insensato conservadurismo ruso».¹²

Serguéi era un auténtico patriarca cuyos intereses dominaron la vida de la familia Sheremétev. Todos y todo giraban en torno a él, sus proyectos, caprichos y viajes. Su esposa, de soltera la princesa Yekaterina Viázemskaia, era nieta del príncipe Piotr Viázemski, poeta y amigo de Pushkin. En la familia todos querían a Yekaterina, que era afable, cálida y encantadora. Se interesaba por la botánica y la historia natural, temas que estudió y sobre los que escribió, y donde más

feliz se encontraba era en su casa, rodeada de su familia, sin mostrar nunca mucho interés en la vida social o cortesana. Yekaterina y Serguéi vivían con sus siete hijos (Dmitri, Pável, Borís, Anna, Piotr, Serguéi y María) y sus respectivos cónyuges, casi dos docenas de nietos e innumerables parientes y adláteres, todos ellos agradecidos de la irreprochable generosidad de los Sheremétev. Pasaban los inviernos en la Casa de la Fuente de San Petersburgo, los veranos en la Mijaílovskoe, con estancias en su residencia de Moscú, la Casa de la Esquina, que la familia llamaba el «refugio de los Sheremétev».¹³ También visitaban otras propiedades familiares como las de Kuskovo, Ostafievo, Pokróvskoye y Balanda.

El conde Vladímir Musin-Pushkin, sobrino de Serguéi, recordaba que entrar en casa de los Sheremétev era como adentrarse en el pasado. El espíritu de la Rusia de Catalina la Grande parecía aún vivo en Kuskovo y Mijaílovskoe. Serguéi no solía vestirse antes del mediodía, ya que prefería llevar su suntuosa bata de seda marrón y su camisión con chorreras estilo Luis XVI. Para vestirse precisaba de tres ayudas de cámara, de los cuales el principal tenía el honor de lavar la cara del conde con una esponja.¹⁴ Al igual que otros aristócratas, los Sheremétev vivían rodeados de decenas de criados domésticos, sirvientes, gobernantas y tutores, sin los que la vida era inimaginable. Los niños de los Sheremétev se criaron junto a los hijos del emperador y la emperatriz. Dmitri y Anna estuvieron especialmente cerca del zarévich Nicolás (el futuro último zar) y a su hermana la gran duquesa Xenia, mientras que Piotr, Serguéi y María pasaban mucho tiempo con los hijos menores, el gran duque Mijaíl y la gran duquesa Olga. En 1892 Dmitri contrajo matrimonio con la condesa Irina, «Ira» Vorontsov-Dashkova, hija del gobernador general del Cáucaso, el conde Ilarion Vorontsov-Dashkov, y a la boda, que fue el acontecimiento social de la temporada, asistieron más de seiscientos invitados, entre ellos la familia real al completo. Sólo a fin de transportar los ramos de flores para la ceremonia hizo falta un vagón de tren entero.¹⁵

Dmitri perteneció a los Caballeros Guardias y en marzo de 1896, después de la entronización de Nicolás, se convirtió en uno de sus edecanes. Así inició su vida pública, pasando gran parte de su tiempo cerca del zar, en la corte o asistiendo a todo tipo de ceremonias oficiales. Entusiasta de la caza, realizaba frecuentes excursiones cinegéticas junto a Nicolás a la finca del emperador en Spala o a la de los Sheremétev en Balanda, muy conocida entre los cazadores de lobos. A diferencia de su padre, que no podía evitar comparar negativamente a Nicolás con Alejandro III, Dmitri se sentía personalmente muy

atraído hacia el primero, al que profesaba gran respeto, aunque sin dejar también de reconocer su carácter débil.¹⁶

Piotr, hermano menor de Dmitri, que fue también edecán de Nicolás, murió de tuberculosis en un sanatorio de Yalta en la primavera de 1914. Su hija, Yelena Shereméteva, entonces de corta edad, habló en sus memorias de aquellos días tristes. La familia real se encontraba en ese momento en Yalta y Yelena recordaba haber visto a las grandes duquesas «vestidas de forma parecida, con largos vestidos blancos, cintas de terciopelo negro al cuello y grandes sombreros de paja». En otra ocasión sorprendió al zarévich Alexéi caminando extramuros del palacio de Livadia.¹⁷ Nicolás y Alexandra visitaron a Piotr en su lecho de muerte de Yalta. Cuando Yelena se dio la vuelta para abandonar la iglesia tras el funeral de su padre, se encontró con Nicolás y Alexandra de frente. Atónita, no supo qué hacer: ¿una reverencia, como le habían enseñado? Mientras se quedaba paralizada en el sitio, se acercaron y la besaron en la frente.¹⁸ En sus memorias, Yelena recordaría también las fiestas de Pascua que organizaba en el palacio de Anichkov María Fiódorovna, emperatriz viuda de Alejandro III. Yelena, con un vestido de seda blanco y azul y medias negras, llegaba con sus primos en carruaje desde la Casa de la Fuente. María Fiódorovna recibía a los niños y los invitaba a buscar huevos de Pascua ocultos por todo el palacio. Luego, venía un espectáculo de magia y un chocolate caliente. Todos los pequeños se iban con grandes cestas llenas de huevos y regalos.¹⁹ En Navidad se colocaba en el salón de baile de la Casa de la Fuente un gran tobogán de madera para los niños y sus muchos amigos, que se deslizaban por él sobre pequeñas alfombras, para después resbalar por el repulido suelo de parquet, entre constantes gritos de alegría.²⁰

De todos los chicos, Pável, nacido en 1871, fue quien más unido estuvo a su padre. Compartía su afición por la historia y la cultura rusas, y se licenció en Historia y Filología por la Universidad de San Petersburgo, para después investigar y publicar sobre la historia de las familias Románov y Sheremétev, las casas solariegas de la nobleza y los monasterios de Rusia. Formó parte de diversas sociedades eruditas, escribió poesía, pintó, y sus obras se presentaron en numerosas exposiciones.²¹ Después de la universidad, Pável se alistó en el Regimiento de los Guardias de Corps Semenovski, con el que acudió en 1896 a la coronación de Nicolás II. A Pável le afectó enormemente la tragedia registrada en el campo de Jodinka, donde miles de perso-

nas perecieron pisoteadas mientras aguardaban para recoger recuerdos del evento. El zar se negó a que la tragedia interrumpiera las ceremonias de coronación, decisión de la que Pável abominó, de modo que no tardó mucho en abandonar el Ejército.²²

Pável era un hombre complejo, lleno de contradicciones y propenso a angustiarse por las llamadas preguntas malditas que suscitaba Rusia: ¿qué ha pasado?, ¿quién tiene la culpa?, ¿qué hay que hacer? En sus cuadernos de notas de la década de 1890 se nos presenta un joven profundamente preocupado por la situación de su país. Durante un viaje a Zúrich en junio de 1898 apuntó sus impresiones sobre el movimiento obrero del momento, sobre su dirección y si era posible influir «en la lucha de clases, para dirigirla y evitar los sangrientos conflictos que inevitablemente nos amenazarán en el futuro». «¿Qué vamos a hacer?», se preguntaba al escribir acerca de la nobleza, «¿dónde está nuestra unión, nuestra organización en la lucha política contra la autocracia? ¿Son los zemstvos? Pero ¿qué están haciendo? [...] La autocracia no puede prolongarse mucho más tiempo en el país. “Jodinka” ha minado su relevancia; la ha minado tanto ante los ojos de la alta sociedad como ante los del pueblo llano.»²³

Para Pável la respuesta radicaba en intentar extender el movimiento de los zemstvos a los estratos sociales inferiores, de modo que tantos súbditos como fuera posible accedieran a una mayor libertad de expresión y se involucraran más en los problemas de Rusia. En 1899 se trasladó a la zona de Zenígorod y se adscribió al zemstvo provincial de Moscú, al que perteneció hasta 1911. Se entregó a ese trabajo dedicándose a la expansión de la educación pública y a escribir y dar discursos. Estaba convencido de que era necesario permitir que la sociedad, entendida en su más amplio sentido, fuera escuchada y que gozara de mayor autonomía en la gestión de sus propios asuntos. El Estado debía superar el recelo que sentía hacia la población. Haciéndose eco del eslavismo paterno, se oponía a la idea de que la solución radicara en la adopción de estructuras e instituciones parlamentarias europeas, concepciones que equiparaba a la intelectualidad, que consideraba demasiado desarraigada y en exceso proclive a comportamientos e ideas extranjeros como para ser eficaz. En su opinión, los intelectuales estaban alejados de la realidad rusa y, al no saber cómo vivían las masas del país, no tenían ni idea de lo que querían y necesitaban. No veía contradicción alguna entre la existencia de la autocracia tradicional rusa y la posibilidad de conceder, en el ámbito local, mayor oportunidad a todos los rusos de participar en la gestión de su propia vida. El principal peligro radicaba en la presencia de

proizvol en la burocracia, en la arbitrariedad que estaba minando la fe del pueblo en la autocracia. Al negarse a escuchar las voces del pueblo, el Estado estaba mostrando «una desconfianza que sería fatal para Rusia». Pável escribió que «al manifestar desprecio hacia la sociedad, el Gobierno está enseñándole a desdeñar la autoridad política». Según su advertencia, Rusia no podía mantenerse unida «recurriendo únicamente a una fuerza externa», sino que la unión sólo se conseguiría concitando todos los recursos del país. «El malestar está en el aire», escribió en 1902. «No hay tranquilidad.»²⁴

La preocupación de Pável por la crisis a que se enfrentaba Rusia lo llevó a colaborar en la creación de un grupo llamado Beseda (el Simposio), en el Moscú de 1899. Compuesto por unos cuarenta aristócratas integrantes de los zemstvos, Beseda congregó a hombres preocupados por responder a una pregunta: ¿cómo evitar la revolución? El colectivo se caracterizaba por la diversidad de sus ideas políticas, que iban desde el monarquismo eslavófilo de Dmitri Shipov, de derechas, al marxismo radical del príncipe Vladímir Obolenski, de izquierdas, permitiendo la existencia en el centro de espacios para liberales como el príncipe Mijaíl Golítsin. Todos sus miembros eran partidarios de discutir de forma sincera y abierta los males de Rusia, sobre todo los intentos del Estado por cercenar la influencia de los zemstvos y la necesidad de garantizar el autogobierno local. Durante su primera reunión el colectivo proclamó que su objetivo era «despertar la actividad social y la opinión pública, tan débiles en Rusia y tan artificialmente reprimidas, con el fin de conceder una mayor autoridad a Petersburgo».²⁵ Organizaciones políticas como Beseda eran ilegales, algo que Pável y los demás *sobesedniki* sabían bien, aunque dada la elevada condición social de sus miembros, el Estado estaba dispuesto a hacer la vista gorda. Para Pável, la autocracia podía coexistir con un Estado de base legal que permitiera a la sociedad organizarse y expresar sus intereses. Uno de los discursos que pronunció en 1905 llevaba el contradictorio título de «Autocracia y autogobierno».²⁶ El inglés Bernard Pares conoció a Pável en esa época y lo oyó hablar de Beseda y de sus ideas para Rusia. Pares, muy impresionado, vio en Pável a un «brillante y fascinante joven noble [...] que debía de haber sido uno de los más inteligentes y convincentes portavoces del conservadurismo».²⁷

El conde Serguéi reconoció en Pável a su heredero espiritual. En febrero de 1907 redactó un testamento al que Pável debía dar lectura a la muerte de su padre. «Hacia ti me vuelvo, sabedor de tu amor y tus sentimientos hacia nuestro pasado nacional, sabedor de tu especial aten-

ción y cercanía a nuestra historia familiar. Conserva esos sentimientos junto con tu apego a nuestra santa Iglesia ortodoxa y nuestra querida patria.»²⁸ Durante el resto de su vida Pável sintió esa responsabilidad para con Rusia y con su familia que su padre le había inculcado. Con posterioridad influiría sobremanera en una difícil decisión: la de abandonar o no su país.

Anna era la mayor de las dos hijas de los Sheremétev. Nació en Mijaílovskoe en 1873; su nombre rendía homenaje a la adorada madre de Serguéi. Recibió una esmerada educación y estaba dotada de una hermosa voz. Sus padres la enviaron a estudiar canto a Italia y, a su regreso, a Serguéi le encantaba que su hija cantara para sus invitados en la Casa de la Fuente. Durante el reinado de Alejandro III fue dama de honor de la emperatriz María Fiódorovna en la corte y en su adolescencia bailó con el zarévich Nicolás en las fiestas celebradas en el Palacio de Invierno.²⁹

Uno de sus contemporáneos calificó a Anna de refinada y encantadora, considerándola la clase de mujer que llevaba a los hombres a verter su sangre y escribir canciones de amor. Ella, consciente de su poder sobre el sexo opuesto, lo utilizaba y estudiaba sus efectos.³⁰ Profundamente religiosa, se sintió atraída por el misticismo y el mundo espiritual, creyéndose dotada con el don de la profecía.³¹ Políticamente, participaba de la concepción que su familia tenía de la singularidad de Rusia, considerando que la autocracia era el único sistema apropiado para el país, aunque también se quejara de la debilidad del zar Nicolás y de su falta de coraje.³² En cualquier caso, fue una joven de su época. Leía el mensual *La Causa Femenina*, era partidaria de las ideas docentes de Montessori y en su diario se preguntaba si sería una *feminístka*. Con frecuencia la vida social de San Petersburgo se le antojaba sofocante y anhelaba una existencia más tranquila y sencilla en el campo. Cuando la condesa Betsy Shuválova, organizadora de reuniones sociales, le pidió que se uniera a un nuevo club femenino, Anna se preguntó qué beneficios podía aportar a la sociedad un puñado de damas aristocráticas que se reunía para tomar el té y chismorrear.³³ En las fincas familiares de Mijaílovskoe y Voronovo enseñó a leer y a escribir a huérfanos de campesinos.³⁴

En 1894 Anna contrajo matrimonio con Alexandr «Álik» Sabúrov, de veinticuatro años. El joven novio no impresionó a su suegro. «Es tu gusto, no el mío», hizo saber a su hija, palabras que nacían en parte de la idea de que los Sabúrov no estaban a la altura de los Sheremétev, aunque los primeros fueran una antigua familia de boyardos moscovita. Por lo visto, la sociedad aristocrática pensaba lo

mismo. Anna había sido una de las más codiciadas muchachas de su época y la mayoría de la gente creía que podría haber hecho una boda mejor.³⁵ El padre de Álik había sido un destacado diplomático y uno de los abuelos de los Sabúrov, Alexandr Ivanóvich Sabúrov, había participado en el movimiento decembrista. Álik formó parte de los Caballeros Guardias, que le parecieron una institución vacía y sin sentido, antes de ser nombrado subgobernador de Moscú en 1902 y después, en 1916, gobernador civil de Petrogrado y maestro de ceremonias de la corte imperial. Hablaba alemán e italiano, tocaba el piano y era un bailarín notable, acompañante bastante habitual de la emperatriz viuda María Fiódorovna.³⁶

Anna y Álik fueron felices juntos. Tuvieron cuatro hijos —Alexéi (que murió joven), Borís, Xenia y Gueorgui (llamado Yuri)— con quienes pasaban los veranos en Mijaílovskoe y los inviernos en la Riviera francesa. Poco antes de la revolución, Anna y Álik estaban preparando el matrimonio de Xenia con el gran duque Fiódor Alexandróvich, hijo del gran duque Alexandr Mijaílovich y de la gran duquesa Xenia, hermana menor de Nicolás II.³⁷

María, hermana menor de Anna, nacida en 1880, era la favorita de su padre. Tímida, delicada y religiosa, recibió una esmerada educación en casa y mostró talento artístico como pintora. Al igual que su hermana Anna, fue dama de honor en la corte. En 1900 contrajo matrimonio con el conde Alexandr Gudóvich, antiguo oficial de caballería y mayordomo real. Entre los asistentes a la boda estaba el duque Serguéi Alexandróvich, gobernador general de Moscú y hermano menor de Alejandro III.³⁸ Cinco años después, el gran duque volaría en pedazos a las puertas del Kremlin a causa de un atentado terrorista.